

Hacer o no hacer la voluntad de Dios: esa es la cuestión

Mateo 7:21-23

Casi ya al final del sermón del monte, Jesús vuelve nuevamente a uno de los temas centrales de la fe: el lugar de la voluntad en la relación entre Dios y el ser humano. Dos cosas son básicas en la fe: primera, aceptar a Cristo como nuestro Salvador y Señor personal. Segunda, caminar en su voluntad. No es suficiente una afirmación inicial de fe en Cristo, si esta no conlleva un cambio radical de vida, en la cual como discípulos nos rendimos al señorío del Maestro para vivir en su propósito. Algunos —quizá muchos— pretenden vivir el evangelio sin un verdadero compromiso hacia Dios. De este asunto, tan esencial y decisivo, es que Jesús nos habla en el pasaje de hoy.

Un compromiso parcial con Dios es igual a ningún compromiso con Dios. Mickey Cohen fue un famoso delincuente de Los Angeles en las décadas de 1940 y 1950. En una ocasión, un joven evangelista llamado Billy Graham vino a predicar a la ciudad, y Mickey asistió, atraído por oír el mensaje. En esa ocasión él no aceptó a Cristo. Pero poco tiempo después, un amigo cristiano le leyó Apocalipsis 3:20 y le preguntó si quería recibir a Cristo. Mickey le dijo que sí, y oraron juntos. La noticia se esparció por todos los Estados Unidos y muchos más supieron del ministerio de Billy Graham. Pero había un pequeño problema —nada había cambiado en la vida de Mickey. Cuando su amigo lo confrontó, él dijo: “¡Nadie me dijo que yo tenía que dejar mi trabajo (en la mafia)!”. ¡Mickey había oído que había deportistas cristianos, actores cristianos, etc., y él pensaba que podía haber también ¡delincuentes cristianos! Del mismo modo, algunos que hacen profesión de fe en Cristo, pretenden que se puede seguir viviendo en el pecado y de todos modos ser cristianos. Se integran a la iglesia, aprenden los coros, y participan en el ministerio, pero nunca arreglan su vida para vivir en la voluntad de Dios.

¿Qué es hacer la voluntad de Dios, y por qué parece tan difícil? Hacer la voluntad de Dios es un proceso en la vida del cristiano. Conforme oímos y leemos la Palabra, conforme somos impactados por el Espíritu Santo, nuestra vida tiene que mostrar una transformación práctica, en la cual nuestra voluntad se pone en sintonía con la voluntad de Dios. Pero, desde el mismo momento de nuestra entrega a Dios tiene que haber arrepentimiento, cambio en nuestro estilo de vida, deseo de conocer a Dios y crecer en la comunión con Él. Esto parece difícil, por dos razones:

a) Porque no tenemos la disposición de soltar el pecado en nosotros.

b) Porque tenemos una visión reducida de la voluntad de Dios. Pensamos que los planes de Dios van a ser un estorbo a nuestros planes y deseos. Aunque no lo expresemos, lo que decimos con nuestras acciones es que nuestra voluntad es mejor que la de Dios y lo que más nos conviene.

Desde el punto de vista de Dios, hacer su voluntad no es una opción. O somos cristianos o no lo somos. No se puede ser cristianos a medias. Dios exige compromiso y entrega totales. A esto se refiere el Señor en este pasaje. No es suficiente venir a las reuniones de la iglesia y decir: “¡Señor, Señor!”, o cualquier otra expresión devota, quizás de las que están de moda. No es suficiente profetizar, echar fuera demonios ni hacer milagros. ¡El Señor dice que si esa persona no vive en su voluntad, no entrará al reino de los cielos! ¿Cómo puede alguien hacer cosas tan

extraordinarias si no vive en la voluntad de Dios? Puede ocurrir, y de hecho ha ocurrido y sigue ocurriendo. Como seres humanos, y como cristianos, algunas cosas del mundo espiritual quedan fuera de nuestra comprensión. Pero de lo que sí podemos estar seguros es que el Señor conoce la vida de cada uno. Podemos engañar a las personas, pero no a Dios. De modo que lo más sensato que podemos hacer es ser sinceros con Dios. Él no está detrás nuestro tendiéndonos trampas para buscar nuestra caída. Todo lo contrario: es un Dios de amor y misericordia. Y precisamente por eso, debemos ponernos a tono con esa voluntad suya que es “buena, agradable, y perfecta” (Romanos 12:2).

Alguien llamó a Mateo 7:21-23 unos de los pasajes más aterradores de la Biblia. Y seguramente tiene razón, porque de cuál sea nuestro lugar en ese pasaje depende nuestro futuro eterno.